

Victimización y memoria: *los crímenes del nacionalsocialismo y el sufrimiento de* *los “alemanes corrientes” durante la Segunda Guerra Mundial*

Andrés H. Reggiani

Para alivio de todos, la última Copa Mundial de Fútbol disputada en Alemania transcurrió sin que se produjesen, como lo temían los servicios de inteligencia de la república, manifestaciones ultraderechistas ni actos de violencia neonazi que empañasen el evento deportivo y dañasen la imagen del país anfitrión. El despliegue público de los colores nacionales, espontáneo y masivo –en un país en el que hasta entonces el uso del pabellón era patrimonio de los edificios públicos y de algunos sectores nacionalistas pequeño-burgueses–, mostró que Alemania finalmente se había “normalizado” como Estado nacional. Por primera vez, los ciudadanos expresaban su orgullo nacional a través de un *Deutschland los!* (¡Vamos Alemania!) en lugar de *Deutschland, Deutschland über alles* –la primera de las dos estrofas (suprimidas) del himno nacional–. Esta afirmación de la identidad no está limitada al ámbito de la cultura popular sino que se inspira en un proceso más amplio que parece haber transformado la manera en que los alemanes se autocomprenden como colectivo nacional.

Éste el caso de los cambios en las percepciones sobre el significado del nacionalsocialismo producidos luego de la caída del comunismo y la reunificación del país (1989-1990). En una nota titulada “A cada uno lo suyo”, el semanario *Der Spiegel* abordaba, no sin cierta aprehensión, las demandas incesantes de reconocimiento y reparación de distintos colectivos de víctimas de la dictadura nazi, y la consiguiente proliferación de sitios de conmemoración específicos de cada grupo, así como la evocación pública de los sufrimientos padecidos por los “alemanes corrientes” durante la Segunda Guerra Mundial.¹

¹ Stefan Berg y Henryk Broder, “Jedem das Seine”, *Der Spiegel*, núm. 2004, pp. 128-34.

Estos fenómenos, en tanto expresiones específicamente nacionales de aquello que se ha caracterizado como el tiempo, la política o el culto de la víctima, ponen de manifiesto, en el caso alemán, la gradual fragmentación del relato centrado en el genocidio judío que había configurado el rasgo esencial de la conciencia histórica de la República Federal desde los años setenta.² Al mismo tiempo ilustran aquello que Jürgen Habermas denominó la “nueva intimidad entre la política y la cultura”, es decir, la nueva tendencia de hacer política a través de la memoria.³

Los ataques a cementerios judíos perpetrados en diferentes ciudades de la RFA en 1959, los procesos contra Adolf Eichmann y el personal de los campos de concentración en la primera mitad de los años sesenta, la movilización de la izquierda extraparlamentaria y el triunfo electoral de la social democracia en la segunda mitad de esa década marcaron un hito en la cultura política de la Alemania de posguerra. Convencionalismos y tabúes de la década precedente, como la tendencia a la autocompasión, la complacencia, el anticomunismo y el silencio sobre el periodo 1933-1945 quedaron expuestos a la crítica de una nueva generación que, de la mano de la protesta estudiantil, impulsó un ajuste de cuentas público –y privado al interior de la familia– con la aversión colectiva a discutir la responsabilidad de la sociedad en los crímenes del nacionalsocialismo.⁴

Esta revisión de la historia nacional sentó las bases de la cultura del recuerdo institucionalizado tal como la conocemos en la actualidad. Dos rasgos de este proceso merecen destacarse. En primer lugar, la centralidad del nacionalsocialismo como hito insoslayable de la historia alemana y estigma indeleble de la identidad nacional. Ello se tradujo en una lectura crítica del pasado, que desde el mar-

² Caroline Eliacheff y Daniel Soulez Larivière, *Le temps des victimes*. París, Albin Michel, 2006; Andrés H. Reggiani, “La revisión del pasado y el rostro de Jano de la memoria”, *Metapolítica*, 2007, en prensa.

³ “La nueva intimidad entre política y cultura (...) por un lado amplía el espacio para una política simbólica, con la que pueden compensarse casi sin costos las frustraciones surgidas en otros lugares (...), por el otro, el “sentido”, como medio de la cultura, constituye una materia que tiene su propia lógica, que no sólo no puede acrecentarse a voluntad, sino que tampoco consiente que se le dé cualquier forma.” Jürgen Habermas, *Necesidad de revisión de la izquierda*. Madrid, Tecnos, 1991, p. 19.

⁴ Sobre el particular véase Norbert Elias, “El terrorismo en la República Federal Alemana: expresión de un conflicto social intergeneracional”, en *Los alemanes*. México, Instituto Mora, 1999, pp. 270-349.

xismo dogmático de la Alemania comunista (RDA) a la historia social de la RFA postulaba, con énfasis distintos, las continuidades históricas entre el Segundo Imperio, la dictadura nacionalsocialista y la Alemania (occidental) de posguerra. En segundo lugar, la jerarquización del genocidio judío –episodio a la vez singular por su escala y método de implementación, y paradigmático en tanto arquetipo del crimen contra la humanidad– como criterio definitorio por excelencia del periodo 1933-1945. Esta comprensión del pasado también se plasmó en la transformación de los campos de concentración situados en territorio alemán (Buchenwald, Dachau, Ravensbrück, Bergen-Belsen, Sachsenhausen, Mittelbau-Dora, Neuengamme) en los primeros lugares de la memoria nacionalsocialista.

Tras la reunificación, la ciudad de Berlín se apresuró a dejar atrás la división impuesta por la Guerra Fría para convertirse en el lugar central de la memoria de la nueva Alemania. La desaparición del Muro y el Estado comunista fue seguida por una plétora de nuevos emprendimientos conmemorativos. El más polémico de ellos fue la restauración de la *Neue Wache*, medida adoptada por el gobierno de Helmut Kohl en el ambiente de euforia que acompañó la reunificación (octubre de 1990) y el triunfo de la democracia cristiana en las primeras elecciones nacionales (diciembre de 1990).⁵ La decisión tomada a comienzos de 1993 de reacondicionar el memorial colocando en su interior una reproducción ampliada de la *Pietà* –la pequeña escultura construida por Käthe Kollwitz en homenaje a los muertos en la Primera Guerra Mundial– desató un escándalo. En su rechazo de una medida que no había tenido en cuenta la opinión de expertos y organizaciones de la sociedad civil, los críticos señalaron lo inadecuado de una imagen de inconfundible filiación cristiana para representar a las víctimas de las guerras mundiales. Además, denunciaron el carácter ambiguo y “nivelador” del nuevo epígrafe de la imagen, cuya referencia “A las víctimas de la guerra y la violencia estatal” sugería una reconciliación simbólica que amalgamaba de manera implícita a judíos, gitanos, homosexuales, víctimas

⁵ La *Neue Wache* fue construida en 1881 por Karl Friedrich Schinkel y reacondicionada después de la Primera Guerra Mundial por Heinrich Tessenow. En 1931 el gobierno social demócrata de Prusia la transformó en monumento a los caídos en la guerra de 1914-1918. Más tarde, bajo las dictaduras nazi y comunista, el sitio fue revestido de los símbolos y consignas propios de estas ideologías.

del programa de eutanasia y la resistencia antifascista con miembros de las fuerzas armadas y las organizaciones nazis y víctimas civiles de las acciones de guerra. Ante la ola de protestas, en noviembre de 1993 el gobierno federal agregó una lista detallando los distintos grupos de víctimas en una placa colocada *afuera* del recinto que aloja la estatua.⁶

“LOBBYS DE VÍCTIMAS” Y COMPETENCIA DE MEMORIAS

En Berlín existen hoy una veintena de lugares de memoria –terminados, en vías de construcción o proyectados– destinados a recordar el nacionalsocialismo. Más de la mitad evocan grupos particulares de víctimas.⁷ De todos ellos, el Monumento de los Judíos Asesinados de Europa, o Monumento del Holocausto, constituye hasta la fecha el proyecto más ambicioso. El mismo sentó un precedente para otros grupos que aspiraban a obtener un igual reconocimiento de su condición de colectividades perseguidas, y en consecuencia, con derecho a ser recordadas públicamente –y compensadas materialmente–. Factor esencial en toda política de conmemoración, el imperativo de la “visibilidad” del sitio fue reconocido explícitamente por la impulsora del proyecto, Lea Rosch, quien a fines de 1988 inició la campaña para la construcción de un monumento “que no pasase desapercibido.”⁸ Ya antes de que se concluyera la obra algunos se preguntaban ¿qué sucedería con los otros colectivos, como los Sinti y Roma (gitanos), los homosexuales, los Testigos de Jehová y las víctimas del programa de eutanasia? ¿Tendría cada uno su lugar de memoria propio? Y en ese caso, ¿no existía el riesgo de que se estableciera una jerarquía habida cuenta de que

⁶ Cf. Peter Reichel, *Politik mit der Erinnerung*. Carl Hanser, Munich y Viena, 1995.

⁷ Además del término corriente *Denkmal* (monumento), el idioma alemán designa con vocablos precisos los distintos tipos de sitios, según su función sea la conmemoración (*Ehrenmal*), la reflexión (*Gedenkstätte* o *Gedenkort*) o el recuerdo a modo de advertencia para que un acontecimiento trágico no vuelva a repetirse (*Mahnmal*). Para simplificar la lectura hemos mantenido el uso del genérico español “monumento”.

⁸ Erigido sobre una superficie de 19 mil metros cuadrados en la zona más visitada de Berlín –a escasos metros del Bundestag, en el área delimitada por la Puerta de Brandenburgo, el *Tiergarten* y el conjunto de embajadas ubicadas en la *Pariser Platz*– el monumento concebido por Peter Eisenman consiste en un campo de 2.711 estelas huecas de hormigón gris. En el subsuelo un recinto subterráneo aloja las salas para exposiciones y conferencias y la librería.

no todas las organizaciones de víctimas gozaban de la misma legitimidad social ni poseían igual capacidad de negociación frente al poder político?

El problema se complicaba aun más con las demandas de aquellos que, habiendo sufrido la guerra, consideraban que no habían recibido un reconocimiento justo, ya se tratase de una restitución material o una compensación simbólica que los incorporase a la memoria colectiva. Tal era el caso de los desertores y los alemanes expulsados de Prusia Oriental, las repúblicas bálticas y los Sudetes (volveremos sobre esta cuestión más adelante). La actitud ambivalente del gobierno frente a las nuevas exigencias de reconocimiento quedó reflejada en las declaraciones del diputado socialdemócrata Wolfgang Thierse, por ese entonces (2004) presidente del Bundestag y miembro del comité patrocinador del Monumento del Holocausto. Interrogado por la prensa sobre su posición frente a la multiplicación de demandas de conmemoración, respondió: “No voy a construir un segundo monumento, yo sólo soy el jefe de obra (*Bauherr*) del Monumento del Holocausto.”⁹

Estas declaraciones reflejaban la aprehensión con que muchos percibían lo que el mismo Thierse calificó de “lobby de víctimas” (*Opferlobbysmus*). Por ese entonces ya contaba con aprobación gubernamental la construcción de un monumento de las víctimas homosexuales de la dictadura nazi, proyecto auspiciado por la comisión de política comunitaria y antidiscriminatoria de la fracción verde del Bundestag. Esta propuesta tenía un carácter moderado en la medida en que no buscaba competir con otros grupos de víctimas a través de una suerte de homologación de la memoria. Había otro factor, no enunciado, que facilitaba la gestión política de las demandas de este colectivo específico. Pocos fueron los sobrevivientes (la cifra se desconoce) de las 50 mil personas condenadas a prisión bajo el nazismo por violación del artículo 175 del Código Penal, el cual definía las relaciones homosexuales como delito. Se calcula que unas cinco mil fueron internadas en campos de concentración para ser “re-educadas” a través del trabajo, mientras que otras fueron sometidas a experimentos médicos. Los peligros reales durante el régimen y la estigmatización social que continuó du-

⁹ Berg y Broder, *op. cit.*, 131.

rante toda la posguerra –el artículo 175 no fue abolido hasta 1969– obligaron a los homosexuales a “desaparecer” vía el recurso de la emigración, los matrimonios ficticios y otras formas de ocultamiento. A esta situación contribuyeron, voluntaria o involuntariamente, los familiares y descendientes de las víctimas que, pudiendo reclamar compensaciones al Estado, se mostraron poco inclinados a hacer pública la vida privada de sus desdichados parientes.¹⁰

Más problemática para las autoridades fue la postura adoptada por las organizaciones Sinti y Roma. Romani Rose, presidente del Consejo Central para los Sinti y Roma (*Zentralrat für Sinti und Roma*), una de las dos organizaciones que representan a la colectividad gitana alemana, junto con la Alianza Sinti, pidió la construcción de un “memorial nacional del Holocausto” que resaltase los rasgos específicos de la persecución de los gitanos y equiparase la dimensión criminal de la misma con el exterminio de los judíos.¹¹ A diferencia del memorial para los homosexuales, esta posición cuestionaba implícitamente el mandato que se había conferido a sí misma la Fundación Monumento del Holocausto de “garantizar la memoria y rendir homenaje a todas las víctimas del nacional-socialismo”. Pese a las rivalidades entre el Consejo Central y la Alianza Sinti, el gobierno alemán ya ha aprobado la construcción de un monumento que, siguiendo el imperativo de máxima visibilidad, se situará entre el edificio del parlamento y el Monumento del Holocausto.

¹⁰ International Organization for Migration / Holocaust Victim Assets Programme, “Homosexual Victims of the Nazi Regime Now Entitled to Claim Compensation”, *Press Information*, 4/2001.

¹¹ La política nazi hacia los gitanos estuvo precedida por una larga historia de discriminación. A diferencia de los judíos, muchos de los cuales estaban plenamente asimilados a la cultura de la burguesía protestante alemana, los gitanos constituían un grupo socialmente marginal y numéricamente mucho menor –.05% de la población total, contra el 1.5% para los judíos–. Aunque la constitución republicana de Weimar les otorgó derechos plenos de ciudadanía, en la práctica la situación apenas mejoró. En 1926 y 1927 los Estados de Baviera y Prusia introdujeron el uso obligatorio de documentos de identidad para todos los gitanos mayores de seis años y la obligación de registrarse con la policía local y notificarla de cualquier cambio de domicilio y empleo. Inspirándose en estas medidas, en 1929 la policía del Reich creó un Centro para la Lucha contra los Gitanos. Bajo el nazismo, un conjunto leyes adoptadas entre 1933 y 1935 –entre ellas las de Nuremberg– definió a los gitanos a la vez como “asociales”, minoría de “sangre extranjera” (*artfremdes Blut*) y de ascendencia “mixta” (*Mischlinge*). Ello supuso, primero, la pérdida de derechos básicos (prohibición de matrimonios con no gitanos y arresto preventivo), seguida de la deportación, la aplicación de medidas eugenésicas (esterilización) y, finalmente, el exterminio –se calcula que perecieron entre 250 mil y 500 mil–.

Las incertidumbres antes mencionadas ilustran no sólo el temor a una “fragmentación” de la memoria que gradualmente sustituya el genocidio judío por una serie de “holocaustos particulares”, cada uno con sus exigencias de conmemoración específicas. También ponen de manifiesto un problema de mayor alcance como es el cambio que se ha venido operando en el concepto mismo de víctima (*Opfer*). Esta noción había quedado más o menos definida, en la práctica, a partir de la política de restituciones y reparaciones adoptada por el gobierno demócrata cristiano del canciller Konrad Adenauer en la década de 1950. En contraste con el trámite relativamente sencillo que otorgaba compensaciones por la pérdida de bienes y devaluación de activos, inicialmente las leyes alemanas no preveían ninguna reparación por daños físicos o psíquicos. Según una encuesta realizada en 1949 por las fuerzas de ocupación norteamericanas, el 54% de los alemanes se mostraba de acuerdo con la idea de compensar a los judíos sobrevivientes, pero sólo si permanecían en Alemania –el 31% estaba en desacuerdo y un 15% se manifestaba indeciso–. A modo de comparación, la misma encuesta interrogaba sobre el tratamiento que debería darse a viudas y huérfanos de guerra (no judíos): el 96% respondió a favor de una compensación inmediata. Ante esta situación, las autoridades aliadas adoptaron una ley que otorgaba reparaciones económicas inmediatas a los judíos sobrevivientes.

Estas actitudes contrastan con la celeridad que caracterizó la política de compensaciones y restituciones en beneficio de los 12 millones de refugiados alemanes oriundos de los territorios que desde 1945 quedaron bajo dominación comunista. A diferencia de las solicitudes de las víctimas de los campos de concentración que tenían fechas límite, los refugiados alemanes podían presentar una demanda de compensación en cualquier momento. Esta política gubernamental preferencial, que en la práctica contrastaba con la discriminación y el rechazo social con que estos inmigrantes fueron recibidos dentro de Alemania en los años críticos de la inmediata posguerra –estigmatizados con términos por ese entonces insultantes como “refugiado” y “polaco”– quedó establecida con la creación del Ministerio de Expulsados en 1949, la Ley Fundamental (Constitución de 1949) en su párrafo 116 y, en especial, la Ley para la Equiparación de Cargas de Guerra (*Lastenausgleich*) sancionada a comienzos de los cincuenta. Esta política supuso la mayor transferencia de fondos en toda

la historia alemana, con un total de 110 billones de marcos desembolsados hasta fines de los años setenta.¹²

El gobierno alemán no sólo se mostró reacio a reconocer la responsabilidad del Estado frente a las víctimas de sus políticas sino que otorgó un tratamiento preferencial a verdugos y cómplices. El 11 de mayo de 1951 el parlamento federal votó dos leyes: una garantizaba la compensación económica para todos los funcionarios públicos separados de sus cargos bajo el nazismo; la otra iba en sentido inverso al reincorporar en sus cargos públicos a los funcionarios y empleados miembros de organizaciones nacionalsocialistas que habían perdido su trabajo como resultado de la política de desnazificación aliada –quedaban excluidos de esta medida, al menos en la letra de la ley, los que habían servido en la Gestapo y las SS, ambas definidas como organizaciones criminales por el Tribunal Militar Internacional de Nuremberg–. En 1953 el gobierno adoptó otra ley que definía a las víctimas de la dictadura nacionalsocialista como aquellos que habían sufrido por motivos raciales, religiosos o políticos, fuesen éstos “reales” o contruados por sus victimarios. El efecto inmediato de esta definición fue la reducción drástica del número de aquellos con derecho a exigir compensación. La restricción operaba en un doble sentido ya que la ley reservaba la compensación sólo para los ciudadanos alemanes que habían sido internados en campos de concentración, excluyendo a la vez a los extranjeros y a los alemanes que el régimen había clasificado como criminales “corrientes” –gitanos, homosexuales, vagabundos, asociales y comunistas–.¹³ Una nueva ley

¹² Las compensaciones eran inversamente proporcionales al valor de los pérdidas. A manera de ejemplo, los bienes superiores a cinco mil marcos fueron compensados a razón del 95%, mientras que las riquezas superiores al millón de marcos recibieron un 6.5%. Sobre este punto véase Reinhard Schillinger, “Der Lastenausgleich”, en Wolfgang Benz (dir.), *Die Vertreibung der Deutschen aus dem Osten: Ursachen, Ereignisse, Folgen*. Francfort/Main, 1985, p. 183-192.

¹³ El ejemplo de los sobrevivientes del campo de Buchenwald da una idea concreta del efecto restrictivo de la ley. De los 42 mil prisioneros que había al momento de su liberación, sólo 700 podían ser considerados “víctimas del nazismo”. Quedaban excluidos los extranjeros (entre ellos 22 mil rusos) y la mayoría de los 1800 prisioneros alemanes “asociales”. La ley de 1953 excluía a los comunistas de toda compensación sobre la base de que buscaban imponer “otra forma violenta de dominación”. Enmiendas posteriores revisarían esta definición para limitarla a los comunistas que hubiesen participado “activamente” contra el orden constitucional. Aldf Lüdtkke, “‘Coming to Terms with the Past’: Illusions of Remembering, Ways of Forgetting Nazism in West Germany”, *Journal of Contemporary History*, vol. 65, núm 3, 1993, p. 542-572.

de 1956 introdujo algunos cambios significativos, como la extensión del concepto de víctima a todos aquellos alemanes que habían sido perseguidos por motivos raciales, religiosos o políticos, independientemente de que hubieran o no sido deportados. Además, ampliaba la cantidad de beneficiarios al aumentar la lista de discapacidades físicas y psíquicas que otorgaban derecho a una compensación.

Sin embargo, la legislación continuó excluyendo a los ciudadanos no judíos de los países ocupados que habían sido llevados compulsivamente a Alemania como mano de obra agrícola e industrial –los llamados “trabajadores esclavos”– así como también a los ya mencionados grupos de “criminales” y “asociales”. Más aún, en algunos casos el procedimiento burocrático que regulaba el otorgamiento de compensaciones obligaba a los demandantes a someterse a trámites interminables y por momentos humillantes. Por ejemplo, a fin de recibir reparaciones por haber estado detenido en un campo de concentración el solicitante debía probar que había permanecido en ese lugar un año como mínimo. Sin embargo, como lo dictaminó un tribunal, la duración del desplazamiento hasta el campo quedaba excluido del cómputo del tiempo durante el cual la persona había sido privada de sus derechos. Asimismo, en el caso de una mujer no judía deportada junto con su marido judío, el tribunal desestimó su demanda de reparación argumentando que ella había tenido la posibilidad de divorciarse y de esa manera evitar el destino de su esposo. La causa de su sufrimiento no había sido la política estatal sino su ejercicio del libre albedrío.

Para esa época el gobierno de Adenauer había llegado a un acuerdo con las organizaciones judías y el Estado de Israel para la compensación de las víctimas del Holocausto. Esta medida fue la consecuencia de la posición tomada por Adenauer de “internalizar” los legados del nacionalsocialismo reclamando para la RFA la condición de heredera legítima y depositaria única de la soberanía estatal, lo cual implicaba asumir las responsabilidades por los crímenes de la dictadura precedente –algo que la RDA nunca aceptó–.¹⁴ La política de repara-

¹⁴ M. Reiner Lepsius, “Das Erbe des Nationalsozialismus und des Reiches”, en M. Haller, H. J. Hoffmann-Nowotny y Wolfgang Zapf (comps.), *Kultur und Gesellschaft*. Frankfurt/Main y Nueva York, Campus Verlag, 1989, p. 247.

ciones quedó regulada tras la firma de los Acuerdos de Luxemburgo (septiembre de 1952) entre el gobierno alemán y la Conferencia de Reclamos Materiales Judíos contra Alemania –cuya misión era negociar con el gobierno federal un programa de indemnizaciones materiales a largo plazo–. A partir de esa fecha, y tras dotar a la Conferencia de Reclamos de 450 millones de marcos para la asistencia, rehabilitación y reubicación de sobrevivientes, Alemania llegaría a desembolsar en el medio siglo siguiente alrededor de 100 billones de marcos a unos 500 mil beneficiarios judíos en 75 países. Las compensaciones abarcaban una amplia gama, desde pagos únicos extraordinarios hasta pensiones de por vida, y fueron sometidas a revisiones periódicas a fin de incorporar a colectividades que no habían sido comprendidas inicialmente en el programa de asistencia –como los judíos del ex-bloque comunista y el norte de África–.

No fue sino hasta mediados de los ochenta que organizaciones independientes –grupos de estudio y talleres de historia– y los miembros del Partido Verde –incorporado al parlamento federal en 1983–, con el apoyo tibio de socialdemócratas y liberales, introdujeron el debate sobre las víctimas “olvidadas” del nazismo. El éxito de estas iniciativas dependería en gran medida de la capacidad de cada grupo para construir organizaciones lo suficientemente visibles y con recursos suficientes como para ejercer presión sobre el poder. Así, la demora en el reconocimiento de los gitanos como víctimas del nazismo fue no sólo consecuencia de los criterios restrictivos que habían regulado el otorgamiento de compensaciones para ciertas categorías, sino también del simple hecho de que los Sinti y Roma carecieron de *lobby* propio hasta la creación del Consejo Central en 1979.

Las compensaciones materiales resultaron fundamentales en la movilización de las colectividades de víctimas no sólo porque las legitimaron reforzando su estatus y ampliando su visibilidad, sino también porque atrajeron al espacio público, es decir, politizaron, a personas que hasta ese momento habían concebido su identidad como una cuestión esencialmente privada y familiar. El momento clave en este sentido fue la creación por ley en agosto de 2000 –bajo el gobierno rojo-verde de Gerhard Schroeder– de la fundación “Recuerdo, Responsabilidad y Futuro” que, con fondos provenientes del gobierno y la industria alemanes –por un total de 5 billones de euros–, se fijó

como misión la compensación económica de las “víctimas no judías del nacional socialismo”, fórmula que llegó a abarcar prácticamente a todas las categorías cuya situación no había sido contemplada por la ley o que, habiéndolo sido, no habían conseguido, en la práctica, la satisfacción de sus derechos.

A fines de 2001 la Oficina Internacional para las Migraciones –organización con base en Ginebra encargada de determinar la elegibilidad de los demandantes– anunció el pago de compensaciones a miembros de las comunidades Sinti y Roma (sin distinción de nacionalidad) que hubiesen sido deportados e internados en campos de concentración en Alemania y la Europa ocupada, los que hubiesen sufrido daños físicos ocasionados por experimentos médicos involuntarios, así como aquellos que hubiesen perdido bienes como resultado de la política del gobierno. Ese mismo año también comenzaron los pagos a todos aquellos ciudadanos extranjeros que habían sido reclutados compulsivamente para trabajar en Alemania como mano de obra “esclava” (sic), estableciéndose en todos los casos condiciones rigurosas de elegibilidad y fechas límites para la presentación de las demandas. Los fondos gestionados por la Oficina Internacional para las Migraciones son canalizados a través del Programa para la Compensación del Trabajo Forzado y el Programa de Bienes de Víctimas del Holocausto. El primero está financiado con recursos del gobierno y la industria alemanes, el segundo por un fondo de 1.25 billones de dólares provenientes de bancos suizos, y tiene como misión gestionar los reclamos de personas no judías reclutadas compulsivamente para trabajar en organismos gubernamentales y empresas alemanas y suizas, así como también personas no judías a quienes el gobierno suizo negó el visado o que fueron víctimas de abusos por parte de las autoridades helvéticas.¹⁵

¹⁵ German Forced Labour Compensation Programme / Holocaust Victims Assets Programme / International Organization for Migration, “Homosexual Victims of the Nazi Regime Now Entitled for Compensation”, *Press Release*, 4/2001, “IOM Searches for Disabled Victims of the Nazi Regime”, *Press Release*, 26/2001, “Roma Victims of the Nazi Regime May Be Entitled to Compensation”, *Press Release*, 27/2001, “IOM Pays Slave Labourers Under Swiss Banks Settlement”, *Press Release* 12/2002.

EL “AÑO CERO” (1945) Y LA MEMORIA DE LOS ALEMANES “CORRIENTES”

Desde fines de los noventa comenzó a adquirir mayor prominencia otro recuerdo del periodo nacionalsocialista centrado en la experiencia social del “hundimiento” o “catástrofe” que sobrevino con la derrota del Reich. Privada del reconocimiento oficial y la posibilidad de conmemoración pública, esta otra memoria sobrevivió en las genealogías y relatos familiares de los millones de alemanes “corrientes” que, sin ser víctimas putativas del régimen, habían sufrido las consecuencias de sus políticas a través de las acciones de guerra.¹⁶ Marcada por la destrucción física del país, la ocupación extranjera y el colapso del Estado, esta comprensión de lo ocurrido durante los años 1939-1945, que llevaba aparejada al mismo tiempo una autocomprensión en tanto colectivo nacional, había sido tempranamente detectada y criticada por los observadores extranjeros que visitaron el país en ruinas. Cuando la periodista norteamericana Martha Gellhorn recorrió la Renania en abril de 1945 quedó consternada por las declaraciones de sus interlocutores alemanes:

Nadie es nazi. Nadie lo ha sido jamás. Quizás hubo alguno en el pueblo vecino, y sí, en efecto, aquella ciudad a veinte kilómetros había sido un auténtico semillero del nacionalsocialismo. De hecho, y en confianza, aquí hubo muchísimos comunistas. Siempre nos había tenido por rojos. ¿Los judíos, dice? Pues, a decir verdad, por aquí nunca hubo muchos. Quizás dos, ¿o fueron seis? Se los llevaron. Durante ocho semanas incluso tuve escondido a un judío. (Yo tenía escondido a un judío, él tenía escondido a un judío, todo el mundo tenía escondido a un judío.) No tenemos nada contra los judíos, siempre nos hemos llevado bien con ellos. Los nazis son unos cerdos; estábamos hartos de aquel gobierno. Ay, no sabe cuánto hemos sufrido. Y las bombas. Durante semanas enteras tuvimos que permanecer refugiados en el sótano

¹⁶ Utilizado para caracterizar el temperamento conservador y las actitudes derechistas de unas clases medias “apolíticas”, el término “alemanes corrientes” (*ganz normale Deutsche* o *gewöhnliche Deutsche*), traducción del inglés “ordinary Germans”, hizo su ingreso en el vocabulario habitual tras la polémica suscitada por el libro de Daniel J. Goldhagen, *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust*. Nueva York, Vintage, 1997 (traducción castellana: *Los verdugos voluntarios de Hitler: los alemanes corrientes y el Holocausto*. Madrid, Taurus, 1997).

(...) Habría que ponerle música. Así los alemanes podrían cantar este estribillo y todavía sonaría mejor. Todos dicen lo mismo. Uno llega a preguntarse cómo el tan denostado régimen nazi, que no tuvo absolutamente ningún partidario, logró resistir una guerra de cinco años y medio. Oyendo lo que todo el mundo está diciendo por aquí, no hubo en Alemania un solo hombre, una sola mujer o un solo niño que fuera partidario de la guerra.¹⁷

En su recorrido por el país durante 1948 Hannah Arendt llegó a conclusiones similares:

La nueva Alemania está enfrentada con todo el mundo y se muestra extrañamente autosatisfecha. Mientras los alemanes gustan lamentarse del hambre que padecen, de la pérdida de sus hogares y otras desgracias, apenas muestran interés o compasión por el sufrimiento y por las pérdidas que causaron a otros pueblos (...) En Berlín todo el mundo emplea la misma fórmula fija: *Eran tiempos de guerra, pero ahora estamos en tiempos de paz*. Esta enigmática observación significa, en traducción libre, que no se sienten responsables de la guerra (...) y que achacan a los aliados las estrecheces y turbulencias de la paz. Nadie nombra a Hitler, pero con voz misteriosa dicen: *Antes vivíamos mejor*. Y se refieren a los tiempos de Hitler.¹⁸

Frente a estas visiones que condenaban la hipocresía y “amnesia” alemana resultaban raros los testimonios que, como los del periodista sueco Stig Dagerman, comprendieron la “popularidad del nazismo” luego de la derrota como la expresión de una tragedia colectiva que no podía manifestarse públicamente. Evocando el malestar de la población alemana hacia los aliados, Dagerman escribe en 1946:

Es importante recordar que estas declaraciones que expresaban descontento y hasta desconfianza hacia la buena voluntad de las democracias victoriosas, no fueron

¹⁷ Citado en Hans Magnus Enzensberger, *Zigzag*. Barcelona, Anagrama, 1999, pp. 38-39. Acerca de las impresiones de Arendt sobre la Alemania de la inmediata posguerra véase *Tiempos presentes*. Barcelona, Gedisa, 2002, pp. 9-68 y 207-218.

¹⁸ *Ibid.*, p. 39.

proferidas en el vacío, ni desde la escena de un teatro con un repertorio ideológico, sino en los sótanos concretos de Hamburgo, de Essen, o de Frankfurt sobre el Main. En la imagen otoñal de esta familia en el sótano inundado, también hay un periodista que, haciendo equilibrio sobre unas tablas de madera, entrevista a sus miembros acerca de la recién estrenada democracia alemana; les pregunta cuáles son sus esperanzas e ilusiones y sobre todo les pregunta si vivían mejor durante la época de Hitler. La respuesta a esa pregunta hace que el visitante, con un movimiento de rabia, asco y desprecio, salga rápidamente a reculones de la habitación pestilente, se siente en su automóvil inglés o su jeep norteamericano de alquiler, para, media hora más tarde, tomando una bebida o una buena cerveza alemana en el bar del hotel reservado a la prensa, escribir un artículo sobre el tema *En Alemania sobrevive el nazismo*.¹⁹

Incapaz o sin la predisposición para entender el encadenamiento infernal de acontecimientos que habían desembocado en su ruina, la Alemania de la “hora cero” reclamaba para sí la condición de víctima. La actitud de “huída hacia delante” (*Flucht nach vorne*), la obsesión por eliminar los rastros ubicuos de la pasada tragedia y la autocomplacencia fomentada por el “milagro económico” dejaron poco espacio para cualquier debate público sobre la “catástrofe”. Esta “realidad sin historia” de una sociedad orientada hacia el futuro tuvo el efecto de una “segunda liquidación de la propia historia” y constituyó el trasfondo, en el terreno de las mentalidades, de lo que Jürgen Habermas llamó las “hipotecas de la restauración de Adenauer”.²⁰

El primer intento más o menos articulado de evocar abiertamente el sufrimiento de los alemanes “corrientes” tuvo lugar a mediados de los ochenta, en el marco de la “disputa de los historiadores” (*Historikerstreit*). La misma fue desatada por la publicación a mediados de 1986 del artículo de Ernst Nolte “El pasado que no quiere pasar” en el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*—periódico

¹⁹ Stig Dagerman, *Otoño alemán*. México, Sexto Piso, 2003, p. 10.

²⁰ W. G. Sebald, *Historia natural de la destrucción*. Barcelona, 2003, p. 13; Jürgen Habermas, *Más allá del estado nacional*. Madrid, Trotta, 2001, pp. 107-114.

conservador dirigido en ese entonces por Joachim Fest—. ²¹ Nolte hacía un llamado a superar la vergüenza colectiva derivada del pasado nazi que, según entendía, impedía a los alemanes comportarse y autocomprenderse como una nación “normal”. La polémica que siguió otorgó notoriedad a otras voces que, como la del historiador Andreas Hillgruber, reivindicaban el papel de los ejércitos alemanes en su defensa del Reich ante el devastador avance soviético. ²² La interpretación de Hillgruber realizaba, en clave anticomunista, el otro argumento que deslizaría Nolte poco después en *La guerra civil europea* (1987), según el cual el exterminio racial nazi había sido la respuesta al exterminio de clase estalinista. ²³ También ponía en perspectiva el “caso Bitburg” cuando, en el marco del 50° aniversario de la capitulación alemana (mayo de 1985), el presidente Ronald Reagan y el canciller Helmut Kohl reafirmaron la “reconciliación” entre ambos países —es decir, la alianza estratégica— con una visita al cementerio militar de Bitburg, lugar donde yacían los restos de soldados de las SS. Al hacer evidente la “intimidad” entre lo político y lo cultural, el intento neoconservador de revisión del pasado generó una respuesta inmediata —muy propia de la sensibilidad extrema que caracterizaba los pronunciamientos

²¹ Ernst Nolte, “Vergangenheit die nich vergehen will: Eine Rede die geschrieben, aber nicht gehalten werden konnte”, *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 20/6/1986. Fest es lo que en Alemania llaman un *Publizist*, un divulgador. En los setenta había publicado una importante biografía de Hitler, pero su nombre alcanzó fama mundial con *El hundimiento: Hitler y el final del Tercer Reich* (México, Galaxia Gutenberg, 2005), libro que sirvió de base al film de Oliver Hirschbiegel, *La caída*.

²² Hillgruber retomaba la difundida visión de una *Wehrmacht* impermeable a la ideología y radicalmente diferente de las fanatizadas *Waffen SS*. Construido a partir del complot contra Hitler de julio de 1944, reiterado por los altos mandos enjuiciados por el Tribunal Militar Internacional de Nuremberg, y preservado luego de la guerra por una *Bundeswehr* (fuerza armada de la república) integrada por los antiguos cuadros del ejército de Hitler, el mito resistió el paso del tiempo hasta que en 1997 sus crímenes fueron puestos al descubierto en una polémica exhibición organizada por el Instituto de Historia Social de Hamburgo. Al respecto véase Hamburg Institute for Social Research, *The German Army and Genocide: Crimes Against War Prisoners, Jews, and Other Civilians, 1939-1945*. Nueva York, New Press, 1999. Sobre las repercusiones de la exhibición, véase Hannes Heer, “The Difficulty of Ending a War: Reactions to the Exhibition ‘Crimes of the Wehrmacht 1941-1944’”, *History Workshop Journal*, n° 46, 1998, p. 187-204; Hans-Ulrich Thamer, “Vom Tabubruch zur Historisierung? Auseinandersetzung um die ‘Wehrmachtsausstellung’”, en M. Sabrow, R. Jessen y K. Grosse Kracht (comp.), *Zeitgeschichte als Streitgeschichte: Grosse Kontroversen seit 1945*. Munich, C. H. Beck, 2003, p. 171-185.

²³ Nolte, *La guerra civil europea: nacionalsocialismo y bolchevismo, 1917-1945*. México, FCE, 1994.

públicos sobre estos temas— de parte de los sectores de opinión que se percibían, para decirlo en los términos grandilocuentes del momento, como la “conciencia moral” de la república y los guardianes su memoria.²⁴

Tras el ascenso de la socialdemocracia al poder en 1998, el consenso en torno al “relato unificado” sobre el nazismo comenzó a resquebrajarse. El rasgo más claro de este fenómeno fue la aceptación a discutir públicamente experiencias históricas cuyo carácter tabú las había privado hasta entonces de espacios significativos en los debates. Criticado por algunos como un nuevo “culto de las víctimas” (*Opferkult*), este recuerdo del nazismo y la guerra quedó cristalizado en el tratamiento de episodios individuales de fuerte carga emotiva —y que por ese mismo motivo se prestaban más fácilmente a su escenificación como símbolo de una tragedia mayor—.²⁵ El hundimiento del *Wilhelm Gustloff* —un buque atestado de refugiados que tras ser torpedeado por un submarino ruso en las aguas del Báltico el 30 de enero de 1945 se convirtió en el ataúd de nueve mil de sus 10 mil pasajeros— constituye hoy uno de los lugares de memoria de las minorías alemanas expulsadas de Prusia Oriental, Silesia y los Sudetes, además de haber pasado a la historia como la peor tragedia naval. Igual función simbólica desempeña la destrucción de la ciudad de Dresde, arrasada por los ataques incendiarios de la noche del 13 a 14 de febrero de 1945, como símbolo de las 600 mil víctimas de los bombardeos angloamericanos.

Si tuviéramos que confeccionar una apretadísima lista de indicadores fundamentales de esta nueva comprensión del periodo 1933-1945 habría que mencionar, en primer lugar, el estudio monográfico del historiador militar Jörg Friedrich, *El incendio*, el ensayo filosófico-literario de W. G. Sebald “Guerra aérea y literatura”, y la novela de Günther Grass *A paso de cangrejo*. A estas obras

²⁴ Sobre esta polémica véase el dossier “Special Issue on the *Historikerstreit*”, *New German Critique*, n° 44, 1988, Reinhard Alter “Cultural Modernity and Political Identity: From the Historians’ Dispute to the Literature Dispute”, en R. Alter y P. Monteah (comps.), *Rewriting the German Past: History and Identity in the New Germany*. Nueva Jersey, Humanities Press, 1997, p. 152-174, y Ulrich Herbert, “Der Historikerstreit. Politische, wissenschaftliche, biographische Aspekte”, en Sabrow y otros, *op. cit.*, p. 94-113.

²⁵ Sobre el concepto de “culto de las víctimas” véase Hans-Ulrich Wehler, “Auf dem Weg zum neuen Opferkult? Alliierten Bombenkrieg gegen Deutschland, 1940-1945”, en *Konflikte zu Beginn des 21. Jahrhunderts*. Munich, C. H. Beck, 2003, pp. 36-40. Sobre los alemanes como víctimas véase Bill Niiven (comp.), *Germans as Victims: Remembering the Past in Contemporary Germany*. Nueva York, Palgrave MacMillan, 2006.

debería agregarse, además, un sinnúmero de títulos de divulgación sobre los niños soldados y huérfanos de guerra y los expulsados, temas ambos abordados en el reciente film de Oliver Hirschbiegel *La caída*, obra basada en el libro homónimo de Joachim Fest y en la autobiografía de Traudl Junge, *Bis zur letzten Stunde: Hitlers Sekretärin erzählt ihr Lebens*.²⁶ Friedrich y Sebald abordan la experiencia de los bombardeos a partir de dos registros diferentes. Sin prólogo ni introducción, *El incendio* constituye una “descripción densa” de los ataques incendiarios lanzadas por la aviación aliada contra las ciudades alemanas. La tormenta de fuego, escribe Friedrich,

crea un nuevo escenario; hiere o mata por partida triple. En primer lugar, por medio de la temperatura, que se dispara hasta los 800 grados dentro de un bloque de viviendas. Por otro lado, propaga olas de fuego a una velocidad de 15 metros por segundo en un área de 4 kilómetros de radio. La fuerza de este vendaval impide salir; quien lo intente se verá empujado, y, en el peor de los casos, absorbido por el fuego. Y la tormenta asfixia. El aire que arde y persigue no se puede respirar.²⁷

No se trata sólo de reconstruir la campaña de devastación física sino, más concretamente, de dar cuenta del aniquilamiento de sus ciudades con medios

²⁶ Jörg Friedrich, *Der Brand: Deutschland im Bomberkrieg, 1940-1945*. Munich, Ullstein Heyne List GmbH & Co. KG, 2002 (versión castellana: *El incendio: Alemania bajo las bombas, 1940-1945*. Barcelona, Taurus, 2005); W. G. Sebald, *Luftkrieg und Literatur*. Munich, Carl Hanser, 1999 (versión castellana: “Literatura y guerra aérea”, en *Historia natural de la destrucción*. Barcelona, 2003); Günther Grass, *Im Krebsgang*. Göttingen, Steidl, 2002 (versión castellana: *A paso de cangrejo*. Barcelona, Alfaguara, 2003); Traudl Junge, *Bis zur letzten Stunde: Hitlers Sekretärin erzählt ihr Lebens*. Berlín, List, 2003; Joachim Fest, *Der Untergang: Hitler und das Ende des Dritten Reiches*. Berlín, Alexander Fest Verlag, 2003 (versión castellana: *El hundimiento: Hitler y el final del Tercer Reich*. México, Galaxia Gutenberg, 2005); anónimo, *Una mujer en Berlín: anotaciones de diario escritas entre el 20 de abril y el 22 de junio de 1945*. Barcelona, Anagrama, 2005. Sobre la repercusión de algunas de estas obras véase “Die deutsche Titanic”, *Der Spiegel*, núm. 6, 2002, pp. 184-202; Bernd Ulrich, “Alle Deutschen werden Brüder”, *Die Zeit*, núm. 45, 2003, p. 46; Nicolas Berg, “Eine deutsche Sehnsucht”, *Die Zeit*, núm. 46, 2003, p. 38; Petra Reski, “Was vorbei ist, ist vorbei”, *Die Zeit*, núm. 47, 2003, p. 43; Christian Staas, “Verteidigung der Gegenwart”, *Die Zeit*, núm. 48, 2003, p. 38; Volker Ullrich, “Bomben auf Dresden”, *Die Zeit*, núm. 7, 2005, p. 59; Walter Nowoski, “Als Feuer zurückkam”, *Die Zeit*, núm. 7, 2005, p. 84.

²⁷ Friedrich, *op. cit.*, 105.

especialmente concebidos que, como los 80 millones de bombas incendiarias de cuatro libras lanzadas por la Real Fuerza Aérea británica, transformaron los elementos de la naturaleza (corrientes de aire, temperatura) y la arquitectura urbana (centros históricos, casas construidas en madera, callejuelas angostas) en factores de combustión letales:

Cuanto más pequeño y menos relevante en lo militar fuera un sitio, mejor haría las veces de objetivo. Así, por la sola razón de su nulidad militar, el valor de Pforzheim en la guerra creció enormemente en febrero de 1945. Lo que hacía atractiva a la ciudad era la manera en que estaban construidas las manzanas, el empleo de la piedra, los callejones estrechos y ramificados del centro, la proliferación de casas adosadas sin salidas de incendios necesarias. La ciudad era adecuada por su indefensión, por su capacidad para inflamarse (...) Los estrategas de la guerra aérea empezaron a contar con las fuerzas de la naturaleza como su principal aliado.²⁸

El texto de Friedrich reinscribe en la memoria la experiencia civil de los bombardeos desde una perspectiva que destaca la culminación del nefasto proceso en el cual convergen ciencia y guerra, o lo que Peter Sloterdijk, en una obra publicada ese mismo año, denominó “atmoterrorismo.”²⁹ Es difícil sustraerse a la sensación de que, al final de cuentas, Dresde no corrió mejor suerte que Tokio, Hiroshima o Nagasaki, todas ellas víctimas de una guerra “ambiental” que busca dominar las leyes de la naturaleza para maximizar el poder destructivo de las armas. También es difícil evitar, pese a los recaudos del autor, la compasión por los indefensos moradores de las ciudades arrasadas. Ante una descripción tan detallada de semejante destrucción, los crímenes alemanes inevitablemente pasan a un segundo plano, aun cuando Friedrich intente, forzando el esquema de su libro, colocar los bombardeos en el contexto de la barbarie nazi. El problema radica en el hecho de que el contexto para com-

²⁸ Friedrich, *op. cit.*, 106. Peter Sloterdijk, *Luftbeben. Auf dem Quellen des Terrors*. Frankfurt/Main, Suhrkamp, 2002 (versión castellana: *Temblores de aire*. Valencia, Pre-textos, 2006).

²⁹ Véase los artículos de Lothar Kettenacker, “El debate británico sobre la guerra aérea” y Wolfgang Sofsky, “El recuerdo truncado del bombardeo” ambos publicados en *Kulturchronik*, núm. 1 (2003): 30-34.

prender estas acciones no son los crímenes nazis sino las puras consideraciones de índole bélico seguidas por los estados mayores angloamericanos, y en particular por los dos artífices más conspicuos de las “tormentas de fuego”, el británico sir Arthur Harris y el estadounidense Curtiss Le May. En Gran Bretaña el libro provocó un escándalo, menos por su contenido que por el hecho de que extractos del mismo aparecieran en el diario amarillista *Bild* (el de mayor tirada en toda Europa), el cual “sirvió en el desayuno a los alemanes comunes y corrientes, nacidos después de los sucesos, y además con crudo verismo, el horror diseminado por la Royal Air Force escupiendo fuego a granel”.³⁰

La experiencia de la devastación sin precedentes a la cual fueron sometidas las ciudades alemanas lleva a Sebald a preguntarse cómo fue posible que sus compatriotas no diesen cuenta, de manera explícita, de un horror dantesco con el cual tuvieron que convivir cotidianamente y durante años:

Aquella aniquilación hasta entonces sin precedentes en la historia pasó a los anales de la nueva nación que se reconstruía sólo en forma de vagas generalizaciones y parece haber dejado únicamente un rastro de dolor en la conciencia colectiva; quedó excluida en gran parte de la experiencia retrospectiva de los afectados y no ha desempeñado nunca un papel digno de mención en los debates sobre la constitución interna de nuestro país ni se ha convertido nunca ... en una cifra oficialmente legible. Una situación por completo paradójica si se piensa cuántas personas estuvieron expuestas a esa campaña día tras día, mes tras mes, año tras año, y cuánto tiempo, hasta muy avanzada la posguerra, siguieron enfrentándose con sus consecuencias reales que (como hubiera cabido esperar) sofocaban toda actitud positiva ante la vida.³¹

³¹ Sebald, “Guerra aérea y literatura”, 13-14. Sobre los bombardeos, véase los excelentes trabajos de Michael Sherry, *The Rise of American Air Power: The Creation of Armageddon*. New Haven, Yale University Press, 1989; Stephen A. Garrett, *Ethics and Air Power in World War II: The British Bombing of German Cities*. Londres, Palgrave MacMillan, 1993 y Frederick Taylor, *Dresden, Tuesday, February 13, 1945*. Nueva York, Harper & Collins, 2004 (versión castellana: *Dresde, el bombardeo más controvertido de la Segunda Guerra Mundial*. Madrid, Temas de Hoy, 2005).

Con la excepción de la novela autobiográfica *El ángel callaba* de Heinrich Böll,³² los otros escritores de la “emigración interior” que abordaron el tema (Hermann Kasack, Hans Erich Nossak, Arno Schmidt, Peter de Mendelssohn) no encontraron, según Sebald, ni los medios narrativos, ni la energía individual ni el consenso societal para escribir la “historia natural de la destrucción” del país; en su lugar, la mayoría de ellos diluyó los horrores reales de su tiempo mediante “filosofismos pseudohumanísticos, la alegoría, el vértigo metafísico y el artificio de la abstracción”. Cabría preguntarse cuánto había de específicamente alemán en este fenómeno si tenemos en cuenta que otros testigos de los hechos, como el norteamericano Kurt Vonnegut, autor de la novela *Matadero cinco*, tampoco quisieron o pudieron narrar de manera realista esta experiencia (en este caso el bombardeo de Dresde, pero visto desde la perspectiva de los prisioneros de guerra aliados que estaban en la ciudad).³³

A diferencia de Friedrich y Sebald, cuya relación con el tema es exclusivamente textual, Grass escribe sobre la otra memoria desde su doble condición de veterano de guerra (a los 17 años sirvió en las tropas auxiliares de la Wehrmacht para luego enlistarse en las Waffen SS) y “víctima” de la tragedia alemana (expulsado de su tierra natal e hijo de una de las miles de mujeres violadas por las tropas soviéticas). *A paso de cangrejo* ilustra la estrategia adoptada por el autor, indirecta y vacilante, para aproximarse a un tema complejo y problemático como lo es el hundimiento del *Wilhelm Gustloff*.³⁴ El buque había zarpado del puerto de Gotenhafen, situado al norte de Danzig, llevando cerca de 10 mil refugiados alemanes en su huída del avance ruso sobre Prusia Oriental y Pomerania. El 30 de enero de 1945, cuando navegaba a unos 100 kilómetros de la costa, la nave fue alcanzada por tres torpedos disparados por un submarino ruso.

Durante décadas, esta tragedia había servido para alimentar el resentimiento y revanchismo antipolaco y anticomunista de las organizaciones de

³² Heinrich Böll, *Der Engel schwieg*. Kiepenheuer & Witsch, 2000 (1ª edición 1948 [versión castellana: *El ángel callaba*. Barcelona, Seix Barral, 1993])

³³ Kurt Vonnegut, *Slaughterhouse Five*. Nueva York, Delacorte, 1969 (versión castellana: *Matadero cinco*. Madrid, Anagrama, 1991).

³⁴ Sobre el hundimiento véase Clemens Höges, Cordula Meyer, Erich Wiedemann y Klaus Wiegrefe, “Die verdrängte Tragödie”, *Der Spiegel*, núm. 6, 2002, p. 192-202.

expulsados que proliferaron en la RFA desde el final de la guerra. Grass vuelve sobre el acontecimiento no para repetir algo que el registro histórico y la ficción ya habían abordado sino para advertir sobre las consecuencias imprevisibles de las experiencias traumáticas que no encuentran su lugar en la memoria colectiva. Paul Pokriefke, el personaje central y narrador, es un periodista con magras ambiciones nacido el 30 de enero de 1945. Su madre, que estaba a bordo del *Wilhelm Gustloff*, lo dio a luz inmediatamente después de que el barco se fuera a pique. Durante años la mujer le había pedido a su hijo que escribiera sobre la tragedia, pero éste, desinteresado en el tema y renuente a evocar el sufrimiento “alemán”, se había negado. La mujer, en cambio, convence a su nieto Konrad, hijo único de Paul, que se ocupe del tema. Amarga y resentida, la madre (Tulla) es la figura con la que Grass aborda el problema de un sufrimiento que no ha sido debidamente reconocido, de un dolor que no puede expresarse públicamente y que debe contenerse. Queriendo recordar a los muertos en el hundimiento, la anciana no encuentra otro lugar para colocar un ramo de flores que el monumento a Wilhelm Gustloff, el mártir nazi que había dado nombre al barco.

Cuando Konrad anuncia a sus profesores la intención de realizar una investigación sobre el tema éstos le sugieren cambiar de tema. Aguijoneado por la curiosidad, el adolescente navega por internet en busca de información sobre el barco. Descubre que había sido botado en 1937 y bautizado con el nombre de un reclutador nazi muerto en Suiza dos años antes por un estudiante judío de nombre David Frankfurter. Construida para el programa Kraft durch Freude (La fuerza a través de la alegría), la nave combinaba el igualitarismo simbólico (camarotes de clase única) y el esparcimiento fascista rígidamente controlado. Su abuela había sido uno de los miles de alemanes que había gozado de vacaciones a bordo del buque en uno de sus cruceros a los fiordos noruegos. En su búsqueda de información Konrad encuentra sitios de *chat* visitados por organizaciones ultraderechistas. Rápidamente entra en contacto con éstas y hasta es invitado por una de ellas a dar una charla. Cuanto más avanza su investigación mayor es la simpatía de Konrad por el mártir nazi (cuyo nombre adopta) y con el “socialismo” de un gobierno que tantos beneficios había traído a su abuela y a miles de trabajadores alemanes. Un día conoce a través de la red a un tal

David, joven judío de su misma edad que disiente con él. Acuerdan darse cita en las ruinas del monumento al mártir nazi ubicado en la ciudad de Schwerin (capital del estado de Pomerania Oriental-Mecklemburgo). Allí, Konrad mata a David y “venga” el crimen cometido sesenta años antes.

Durante la investigación previa al juicio se revela la verdadera identidad del joven asesinado, que no se llamaba David ni era judío sino que provenía de una familia protestante con impecables credenciales progresistas. Convencido de que todo alemán era tan culpable por el Holocausto como el peor nazi, Wolfgang (tal era el verdadero nombre del joven asesinado) no había encontrado otra manera de asumir esa responsabilidad que adoptando la identidad de las víctimas. La novela puede leerse como una crítica mordaz a la generación del 68 y a la actitud de una clase media social-liberal que había ignorado un pasado incómodo por miedo a que éste llevase agua al molino de la ultraderecha. En este sentido, el relato abre un signo de pregunta sobre las consecuencias impredecibles de un modelo de conmemoración que se muestra reacio a considerar ciertas exigencias de reconocimiento y reparación histórica por considerarlas incompatibles con la cultura democrática. “¿Por qué”, pregunta la abuela, “no podemos recordar y llorar colectiva y públicamente la muerte de los miles de chicos que estaban a bordo? ¿Sólo porque eran alemanes?” *A paso de cangrejo* es, también, un llamado a re-examinar la popularidad del nacionalsocialismo entre los sectores medios y bajos que se beneficiaron de la política social del régimen.³⁵

¿Qué consecuencias han tenido estas manifestaciones en el campo de la política? Uno de los resultados más visibles, aunque no necesariamente el más relevante, ha sido la apropiación del discurso sobre el “sufrimiento alemán” por parte de las organizaciones ultraderechistas. Desde hace tiempo los neonazis han venido denunciando la hipocresía del doble rasero aliado que había juzgado los crímenes de los vencidos (Auschwitz) a la vez que pasaba por alto las atrocidades cometidas por los vendedores (Dresde, Hiroshima, Nagasaki).

³⁵ Para un análisis reciente y polémico de esta cuestión véase Götz Aly, *Hitlers Volksstaat: Raub, Rassenkrieg und nationaler Sozialismus*. Frankfurt, Fischer, 2005 (versión castellana: *La utopía nazi. Cómo Hitler compró a los alemanes*. Barcelona, Crítica, 2006).

Más allá del impacto desproporcionado que la más nimia declaración o movimiento de los *skinheads* produce en los medios alemanes –fenómeno que refleja hasta qué punto Hitler, y todo lo relacionado con él, se ha convertido en uno de los productos de mayor éxito de la industria cultural contemporáneo–, su capacidad para extraer beneficios políticos de los cambios societales en la manera de comprender el pasado se vio reducida por el carácter exclusivamente denunciatorio de unas consignas vaciadas de cualquier intención deliberativa, así como también por el rechazo generalizado que genera la ultraderecha. Un ejemplo claro en este sentido fue el fracaso de las organizaciones neonazis en su intento de transformar los actos conmemorativos del 60° aniversario de la destrucción de Dresde en un gran evento político nacionalista.

Un caso diferente, por su historia, organización y alcance político, es el de los colectivos de refugiados y expulsados. Los 12 a 13 millones de alemanes étnicos que llegaron a la Alemania en ruinas en un lapso de apenas dos años (1945-1946), unos huyendo de las tropas rusas, otros tras ser expulsados de sus países de origen conforme lo acordaron las potencias vencedoras, crearon uno de los problemas más agudos de la posguerra.³⁶ El peligro político que suponía para la joven democracia la presencia en su suelo de millones de extranjeros (uno de cada cinco habitantes en la República Federal en 1950) resentidos por la pérdida de familias, hogares y bienes, así como por el desprecio con que fueron recibidos, se hizo evidente en la proliferación de partidos de ultraderecha que, como la Liga de Expulsados y Desposeídos (*Bund der Heimatvertriebenen und Entrechteten*), se disputaban el voto de los refugiados.

Dos factores contribuyeron a desarmar el potencial desestabilizador de estos grupos. El primero fue la decisión del gobierno de Adenauer de restituirles parte de sus bienes a través de una compensación monetaria –la ya mencionada política de “equiparación de cargas” de 1952–. El segundo, más importante a largo plazo, fue la propia dinámica de la recuperación económica que permitió

³⁶ A fin de evitar que se repitiesen los problemas derivados de la presencia de minorías étnicas insatisfechas como había ocurrido después de la Primera Guerra Mundial, las potencias vencedoras acordaron en el párrafo XII del Tratado de Potsdam que los alemanes residentes fuera del antiguo Reich de 1937 serían reubicados dentro del territorio del nuevo Estado alemán.

absorber la totalidad de esta mano de obra, asegurando de esa forma su integración en la sociedad –objetivo alcanzado a comienzos de los sesenta–. Estos factores y la reforma electoral de 1953 –que establecía un piso mínimo del 5% de los votos para obtener representación en el parlamento federal– hicieron que los partidos que habían atraído el voto de estos grupos desaparecieran, dejando a sus antiguos electores sin otra opción racional que votar por la democracia cristiana. Aun así, las colectividades de refugiados continuaron manteniendo una cohesión sociocultural, al comienzo muy fuerte, gracias no sólo al recuerdo compartido del *Heimat* (terruño) perdido –elemento que contribuyó a diluir su revanchismo en un brebaje folclórico-político– sino también a su concentración geográfica en algunas zonas occidentales, especialmente Baviera y Schleswig-Holstein.

En los últimos años varios de estos grupos se unieron en la Liga de Expulsados (*Bund der Vertriebenen*) a fin de ejercer presión para obtener la restitución de sus bienes. Dirigida por la mediática diputada demócrata cristiana Erika Steinbach, la Liga ha venido realizando una campaña para la construcción de un sitio en el centro de Berlín que conmemore las expulsiones (*Vertriebenenzentrum*). Resistida por las autoridades del gobierno socialdemócrata de la ciudad, denunciada por otros –especialmente en Polonia y la República Checa– como un intento de transformar a los verdugos en víctimas, la iniciativa quedó un paso más cerca de su eventual realización luego de que el Museo Histórico Alemán –ahora bajo dirección conservadora– organizara la exhibición “Huida, Expulsión, Integración”, hecho éste que si no legitimó a la Liga como tal sí lo hizo con los temas que aquélla buscaba instaurar en el debate.³⁷

Una manera de comprender estos fenómenos es verlos como parte de un proceso más amplio de renacionalización de la memoria, es decir, de la reapropiación de una reflexión sobre el pasado que había quedado sujeta, primero, a los condicionamientos exteriores impuestos por la derrota y, más tarde, al paradigma político e intelectual de los años setenta y ochenta –refractario a cualquier reivindicación de lo “nacional”–. Hoy la proliferación de relatos sobre el

³⁷ “Flucht, Vertreibung, Integration”, Deutsches Historisches Museum, Berlín, 18 de mayo-13 de agosto de 2006.

pasado forma parte de las reglas de juego de una cultura política sensible a las cuestiones de identidad –nuevamente la intimidad entre política y cultura, aunque ahora, o *por ahora*, con un signo diferente al que marcó esta convergencia en los ochenta–. Al mismo tiempo, y más allá de las especificidades derivadas de la experiencia nacionalsocialista, el caso alemán se inscribe en un proceso de escala europea, e incluso global, en el cual la memoria parece haberse convertido en un sustituto de la política.³⁸ En tiempos en que los márgenes para la gestión de la economía, el bienestar social y la seguridad se ven severamente limitados por la globalización de los mercados y los mecanismos de integración regional, el debate sobre el sentido del pasado y su importancia para el presente aparece como una de las formas más conspicuas de hacer política. ❧

³⁸ Sobre la dimensión trasnacional del fenómeno véase Tony Judt, “Desde la casa de los muertos. Un ensayo sobre la memoria europea contemporánea”, *Claves de Razón Práctica*, núm. 106, 2006, p. 4-23.